

TRADUCCIÓN

EL ATUENDO CELESTIAL NO TIENE COSTURAS*

BI SHUMIN

Traducción de
CHEN XIAOHANG

Con la colaboración de
LILJANA ARSOVSKA

Bi Shumin

Nació en Xinjiang en 1952. En 1969 entró al ejército y regresó a la vida civil en 1980. Después de veinte años ejercer la medicina en un hospital estatal, se dedicó a la creación literaria. Actualmente es miembro de la Asociación de Escritores de China, vicepresidenta de la Asociación de Escritores de Beijing, médica titular y posgraduada en literatura. Ganó el premio de literatura Zhuang Zhongwen de 1989, el premio Cien Flores en 1990, 1992 y 1994, el premio Beijing 2005 de literatura, el premio de literatura juvenil 2003, el premio 1993 de literatura China Times, y el premio de literatura United Daily News de 1996. Entre sus obras más conocidas están *La receta roja*, “La psicóloga”, “Cita con la muerte” y “El atuendo celestial no tiene costuras”.

Este relato cuenta la historia de una mujer china, exitosa en el plano profesional y personal. Tiene un marido que la quiere,

* Publicado en la *Antología de Bi Shumin*, Qunzhong Chubanshe, Beijing, 2005. Traducido en el seminario de traducción de literatura china contemporánea, impartido por la maestra Liljana Arsovska en El Colegio de México.

una familia que la adora y un trabajo que le gusta. Sin embargo, tal vez por culpa del destino o del conejo que come en la casa de su madre, Zou'an da a luz a una hermosa criatura con labio leporino. En China, donde actualmente sólo se puede tener un hijo, Zou'an decide buscar la perfección a toda costa. El resultado es desastroso. ¿Es Zou'an culpable o inocente? Muchas mujeres la critican en voz alta, otras la comprenden en silencio. La autora Bi Shumin no la juzga; describe un acto de búsqueda de la perfección absolutamente a toda costa.

EL ATUENDO CELESTIAL NO TIENE COSTURAS

Zou'an había ido a casa de sus padres a cenar. Un olor agradable la envolvió mientras abría la puerta.

—¿Qué huele tan rico mamá? —Zou, ya casada, era una oficinista desenvuelta, de mucho mundo. Pero cuando llegaba al hogar materno, a floraba su lado infantil.

—¡Pruébalo! —dijo su mamá destapando la olla. Aunque comían en la mesa, y el padre debía ser el primero, la señora solía tomar de la olla el mejor bocado para su querida hija antes de comer.

Con el tazón lleno, Zou probó un sabroso bocado. Desde pequeña le gustaba comer carne. Su madre siempre decía que si sus antepasados no habían sido changos, entonces ellos provenían de los tigres.

—¿Qué tipo de carne será? Parece de gallina, pero no —Zou jugueteó con un huesito.

—Es conejo de nieve, me lo regalaron. Según dicen, esa liebre crece comiendo nieve. Su carne evita las calamidades, previene enfermedades, tonifica el cuerpo y alarga la vida. Como tiene poca carne, también le puse un poco de gallina —la señora mencionó el mito del animal con especial entusiasmo.

En la cena, Zou apartaba la carne de gallina y sólo comía la de conejo, que absorbía más fácil la salsa de soya y adquiría un color ambarino.

Es muy probable que la liebre de nieve tuviera otras propiedades, pues al regresar a su casa, aunque ya era tarde, Zou despertó a su marido para hacer el amor.

Los días que siguieron transcurrieron tranquilamente. Acababan de casarse, no tenían prisa de ser padres y tampoco rechazaban la posibilidad. Aunque eran jóvenes respetaban el viejo estilo de no forzar la naturaleza. Hoy en día “dejar fluir la naturaleza” es una moda; en el pasado, los que tenían mala suerte usaban esa frase para consolarse y contentarse. Ahora la usan los afortunados.

Zou quedó embarazada. Sin aspavientos, mostró el informe médico a su marido; ella siempre despreciaba las cursilerías de telenovela, como aquello de que el esposo se entere hasta que vea a su mujer preparando un ajuar de bebé. “¡Qué detalle más cursi, no?”

Su expresión era tan tranquila que parecía que le estaba dando a su marido unos boletos para el cine y no una prueba de embarazo.

Después de revisar el informe, él dijo:

—Buenas noticias, aunque ahora tendrás más trabajo.

—No pasa nada, para las mujeres es muy natural —dijo Zou con calma. Imaginaba traer al mundo un hermoso baúl para llenarlo con tesoros.

—El bebé debe sacar lo mejor de los dos; por ejemplo, mis ojos y tus labios. ¿Te has fijado que tus labios son como dunas subiendo y bajando suavemente en un desierto rojo? —le dijo su esposo más noche.

Zou sonrió. —Lo de mis labios lo has repetido más de mil veces. En cuanto a las cualidades, en todas las familias donde hay embarazadas se habla de eso, pero cómo vienen los hijos, depende de la ley de probabilidades. Nuestros genes son naipes sin orden, ¿cómo podríamos garantizar que sólo salgan corazones?

Él replicó:

—Aunque no todos sean corazones, viniendo de padres tan talentosos, ¿no crees que sacaré uno que otro rey o sota y algunos ases?

Zou contó a sus colegas aquella plática. Ellos no le comentaron nada, se guardaron su opinión y decidieron esperar hasta ver al bebé de la linda Zou.

El día del parto se acercó. Zou, muy gorda, parecía una tetera llena de agua. Cuando se hizo el último estudio antes del parto, escuchó un diálogo entre dos embarazadas, una con vientre de canguro y otra con apenas una pancita.

—¿Has comido conejo?

—¡No! ¿Quién se atreve a comer eso? Si comes conejo, el bebé trae labio de conejo.

—Eso es una superstición... pero es mejor no arriesgarse. Yo creo en las supersticiones chinas y en las que no lo son.

Zou recordó de pronto el conejo de nieve y se estremeció de miedo, pero pronto se dijo que tan sólo eran palabras absurdas, de gente ignorante. Se repetía una y otra vez: el conejo de nieve no es conejo.

Sabía que antes del parto todas las embarazadas tenían miedo de dar a luz a un engendro, pero ella estaba joven y sana; nunca había sufrido radiaciones nucleares ni infecciones virulentas, y ni siquiera había tomado pastillas durante el embarazo. ¿Por qué habría de tener un adefesio?

A la hora de parir se avergonzó de la calma que sentía. Todas las parturientas lloraban como almas en pena y gritando como lobas. La sala de partos parecía una sala de conciertos llena del rock de la vida. Zou no encajaba allí, mostraba una tranquilidad digna de una experimentada mujer a punto de parir. El bebé nació sin problemas; cuando su cabeza entró en contacto con el aire frío, sin demora, empezó a chillar fuerte, como un puma. A su juicio, eso no era llanto, pues el llanto es signo de tristeza humana. Un recién nacido aún no conoce la tristeza, su llanto es símbolo de alegría. La partera tomó al bebé en brazos. Zou, soportando el esfuerzo, lo miró de costado. La cabeza del bebé estaba en las manos de la partera. No lo podía ver claramente, y sólo supo que era un varón.

Mostrándosele al médico, la partera preguntó:

—¿Qué hacemos?

El médico inquirió:

—¿Está su esposo?

—No.

—¿Y sus familiares?

—Tampoco —contestó la partera.

—Sólo podemos hablarlo con ella. ¿Está bien?

—Bien. Todos sus signos son normales.

—Bueno, lo hablaré con ella.

Zou estaba muy consciente. Al escuchar ese diálogo, no sabía si tenía relación con ella. Tendida en la cama, parecía una ballena blanca en reposo, esperando que alguien le mostrara el fruto de su vientre para revisarlo. La partera sostenía al bebé con mucho cuidado, como si se tratara de una espada gruesa.

El médico tomó al recién nacido, tan suave y frágil que parecía no tener huesos. Apoyando a la criatura en sus antebrazos,

lo sentó en su codo. El bebé de pronto estuvo de pie ante los ojos de su madre.

Su marido había querido acompañarla, pero ella lo corrió.

—Haz tus cosas. Parir es asunto mío; no me gustan los intrusos ni el exceso de atención. —También rechazó el apoyo de su madre.

El médico levantó al bebé, pegado a su brazo como en relieve.

—Es varón. Lo examinamos y todo está bien, sólo que tiene labio leporino; tómalo en brazos para que lo veas.

Aún no terminaba de decirlo cuando el bebé bostezó. Sus labios, de contornos suaves, eran los de Zou, pero en el centro yacía una grieta profunda como un cañón, revelando el paladar rosado y la garganta negra.

Zou se perdió inmediatamente en el laberinto rosado y negro.

Cuando recuperó el conocimiento oyó los gritos de su marido.

—¿Cómo pudieron ser tan crueles? Acaba de parir, está muy débil. ¿Cómo pudieron darle una noticia tan terrible y encima pedirle que lo viera?

Con tono calmado el médico explicó:

—Según nuestro reglamento de protección al paciente no debemos dar noticias negativas a las recién paridas, pero el hospital ha enfrentado varias demandas por casos similares. Así que optamos por certificar la autenticidad del niño en el acto; de lo contrario, después del nacimiento, hay quienes no lo aceptan y han dicho que queremos darles gato por liebre. Comprenda nuestras dificultades y no se exalte. En realidad, un labio leporino es una deformidad menor, lo reparan y queda como un “atuendo celestial sin costuras”.

Zou no abrió los ojos durante esa plática; después de abrirlos no supo qué decir. Sólo recordaba una frase: “atuendo celestial sin costuras”.

Al dejar el hospital con el niño, no esperó la visita de sus colegas. Inmediatamente se trasladó a la tierra natal de su marido, una pequeña ciudad, para reposar después del parto. Nadie supo del labio leporino y todos decían:

—¡Qué suerte la de Zou, tiene su suegra para cuidarla! Después de seis meses de vacaciones regresará con su hijo sano y fuerte. Entonces iremos a felicitarla y a comer huevos rojos —en realidad, ahora mucha gente no come huevos por lo del colesterol, pero todos querían animar a Zou.

Después de cinco meses, Zou regresó en secreto a la casa de sus padres. Al verla, su mamá, asustada, preguntó:

—¿Porqué estás tan delgada? No pareces recién parida. ¿Te ha tratado mal tu suegra? Deja que tu madre te consienta.

Con risa forzada Zou dijo:

—Me ha cuidado bien, soy yo quien no tiene ganas de comer.

—Tu suegra no te ha culpado por el labio leporino, ¿verdad? Si te culpa le puedes decir que nosotros no tenemos ese gen, que seguramente viene de ellos.

—No me dijo nada. Al contrario, siempre me consoló. Según ella, en el campo hay muchos niños con ese problema. Si el niño es inteligente, lo demás da igual. Además, a esas criaturas hay que darles mucho más cariño —me decía.

—Bueno, tu suegra es comprensiva. Entonces, ¿qué te preocupa?

Sin poder contenerse, Zou empezó a llorar:

—A un hijo así es más fácil criarlo en el campo, pero vivimos en la ciudad. Cuando sea mayor se sentirá inferior. Ahora, hasta para contratar botones en los hoteles piden que sean guapos como Romeo. Mi hijo es un desecho. Aunque nadie mencione el asunto, jamás podré perdonármelo.

—Pero, ¿qué podemos hacer? Ya no puedes tener otro hijo.¹

Zou permaneció callada. En las noches, llena de sentimientos sombríos, pensó varias veces que sería mejor que su hijo muriera. Pero tan pronto la idea cruzaba su mente, empezaba a rasguñarse, pellizcarse y autocastigarse de mil maneras. Su cuerpo estaba lleno de moretones. Luego se quedaba tranquila por unos días. Después del delito venía el castigo, y después otra vez el crimen. Esos pensamientos la asaltaban cada día

¹Debido a la política de planificación familiar, la mujer en la ciudad no puede tener más de un hijo.

con más frecuencia. Zou odiaba la idea de matar, pero no se la podía borrar de la mente. Era una mujer inteligente y fuerte; desde pequeña siempre había querido ser la primera en todo. Jamás imaginó que en eso de parir, que hasta las más estúpidas lo hacen bien, ella hubiera fracasado de un modo tan miserable. Era como una pregunta mal contestada, sin goma de borrar ni permiso para corregir.

A fin de librarse de esa locura regresó a casa con mucha prisa. En la ciudad había excelentes hospitales de cirugía plástica. Quería dar a su hijo, lo más pronto posible, la apariencia del “atuendo celestial sin costuras”. Después todo volvería a la normalidad.

Zou seguía esbelta, pues no amamantaba. Antes del parto, había abogado por dar pecho. Le dijo a su marido:

—Aunque mi cuerpo se convierta en un barril, amamantaré a nuestro bebé, no dejaré que tome leche de vaca; la leche de vaca es para criar becerros, y nosotros somos seres humanos.

Su marido, besándola, le dijo:

—Eres una madre heroína.

Él se había ido al extranjero y Zou asumió toda la responsabilidad.

No era su culpa no amamantar al niño. Un bebé con labio leporino no puede chupar leche materna; su boca es un embudo. Al estar frente al granero, sin poder comer, a uno sólo le queda llorar.

Después del parto, dos granadas repletas de leche colgaban en su pecho. Cuando caminaba sentía que iba a caerse. Preparó leche en polvo importada para su hijo, pero el bebé no podía comer. La leche se le salía de la boca y su cara se llenaba de espuma. Si algo entraba a la garganta por casualidad, le causaba una fuerte tos; su carita se inflaba como una castaña a punto de explotar.

Zou lo aventó a la cama como solía hacer con sus muñecas feas en la infancia. ¿De qué sirve un nene como éste? Su existencia no sólo es una vergüenza para sus padres, sino también un gran sufrimiento para él mismo.

El fuerte azote le salvó la vida al bebé; la leche se le salió de la tráquea. Respiraba con más facilidad y el llanto de hambre se oía claro y potente.

Sin poder contenerse, la suegra dijo:

—¡Cárgalo! —la nuera era joven moderna, citadina, y naturalmente tenía sus teorías acerca de cómo criar a un hijo. Era difícil que una vieja campesina se atreviera a enseñarle, pero el llanto de su nieto le dio valor.

Zou se vio obligada a tomar al bebé en brazos. Por el cambio de posición, el nene dejó de llorar un rato, pero al no resolverse el problema fundamental, el bebé indefenso le gritaba al mundo su resentimiento.

—Eres su madre, no puedes dejarlo llorar así. —Al no poder soportarlo más, la abuela, sin preocuparse por los sentimientos de la nuera urbana, hizo valer su autoridad de suegra.

—Pero, ¿es mi culpa? Su boca no es de un ser humano sino de conejo. ¿Acaso puedo criarlo con hierbas? —Zou también empezó a llorar.

La suegra comprendió que la humanidad, aunque capaz de ir al espacio y sentirse deidad de la luna, aún no había inventado una comida especial para niños con labio leporino. Debía usar el método antiguo del campo: con una cuchara metía la papilla a la garganta del nieto. Así podía alimentarlo bien, sin peligro de atragantarlo.

Al ver la torpeza con que Zou le daba la comida al niño, su madre expresó:

—El bebé es fuerte. Sin ver su cara, no te das cuenta de su deformidad. Lo has cuidado bien, pero, ¿porqué te cuesta tanto trabajo alimentarlo?

Sin pensarlo, Zou contestó:

—En el pueblo su abuela lo alimentaba. Yo no podía mirar su cara deforme. Cuando lo veo, siento que mi labio también se deforma, sea como sea, se parece bastante a mí.

Suspirando, su madre cogió la cuchara:

—Déjame hacerlo.

La papilla, mezclada con leche en polvo nestlé, estaba muy sabrosa.

Con su hijo en brazos, Zou fue a un hospital de cirugía plástica.

—Doctor, le ruego que opere a mi hijo.

Él lo vio y con sólo una mirada entendió todo. Un médico experimentado era como el carnicero, de un vistazo podía decir cuánta carne se obtendría de un cerdo.

El bebé, envuelto en pañales caros, con vellos finos de color dorado en su cara, parecía un mango fresco. Al sentir miradas atentas, sonrió, evidenciando su deformidad.

—En nuestro hospital garantizamos esta operación. ¿Cuántos años tiene el niño? —el médico anotaba con prisa.

—Cinco meses y tres días. —Zou lo recordaba bien, pues justo eran los cinco meses y tres días más pesados de su vida.

—Lo siento, ahora no podemos aceptarlo —apenado, el doctor soltó la pluma.

—¿Acaso...? —Zou recordó los rumores acerca de los “sobres de agradecimiento” para los médicos, pero no sabía cómo decirlo. Después de cinco meses de ausencia posparto sentía estar en una caja negra, aislada de todo el mundo exterior.

—Disponemos de suficientes recursos económicos para nuestro hijo, con tal de que lo curen, nosotros les agradeceremos muy bien —dijo con torpeza, con la cara tensa, como después de una mascarilla y con el corazón lleno de odio. Por “eso” que tenía en los brazos, tenía que bajarse de su pedestal y rogar a diestra y siniestra.

—No es por ahí señora. Me refiero a su corta edad. Según nuestra experiencia, la operación después de dieciocho meses tiene mayor garantía —explicó el médico.

—Yo he leído libros al respecto, dicen que en el extranjero la edad se bajó a seis meses. —Zou exageró un poco, pues el libro decía “un año”, vio la fecha de publicación —ya era muy pasado—, y pensó que para la magnitud de los avances médicos, capaces hoy en día de injertar un gen, una operación como esa era cosa sencilla.

Aquel médico, algo calvo, no dijo nada. Tal vez descubrió la mentira, pero asintió con la cabeza. Después de pensar un rato añadió:

—Teóricamente, entre más pronto, mejor, para así asegurar una recuperación total, pero demasiado temprano, para un bebé tan pequeño, existe mucho riesgo con la anestesia.

Zou entendió mal las palabras del médico. Si hubiera dicho “mucho peligro”, ella lo reconsideraría. Pero como dijo “ries-

go”, Zou interpretó que las complicaciones eran para el médico, por lo que se esforzó en disuadirlo y salirse con la suya.

—Confío en usted. Haremos que el bebé eternamente lo recuerde y le agradezca, pues gracias a usted será un niño normal. Por favor, entre más pronto, mejor, ahora los vecinos no conocen su defecto, nadie sabrá el secreto. De lo contrario, aunque luego quede como “atuendo celestial sin costuras”, todo el mundo dirá a sus espaldas que era un labio leporino —llena de esperanza, trataba al médico con mucha familiaridad.

El doctor seguía asintiendo con la cabeza:

—Ya que es tan insistente lo podríamos intentar, hay muchos bebés, aún más pequeños que han sido expuestos a operaciones más complicadas que esa. En el extranjero incluso se practican cirugías en el feto, pero como usted no quiere aceptar las normas del hospital, deberá firmar una responsiva donde manifiesta su voluntad. Cualquier imprevisto no será nuestra responsabilidad; claro, si no está de acuerdo, lo dejamos para después.

Era la última oportunidad para Zou de retractarse y no poner en peligro la vida de su hijo, pero la gente confía normalmente en la sinceridad de los médicos. Pensamos que ellos siempre prevén y están preparados para lo peor, además, suelen alarmarnos. Les gusta asustarnos, pero el resultado generalmente no es tan trágico; y la gente acata sus decisiones sin reservas.

Zou firmó la responsiva con mucha dignidad. El médico le dijo:

—Tiene bonita letra.

Era una frase trillada. Desde pequeña todos apreciaban su letra. Los elogios no la avergonzaban, pero las palabras del médico la contentaron y pensó que eran de buen augurio. Si el médico notó su bonita letra, fue porque advirtió su confianza en él. Seguramente trataría a su hijo con atención especial.

—Excepto por su labio, el niño está muy bien —dijo el médico satisfecho.

—En efecto, es como una piedra sólida, lista para esculpir formas hermosas.

—Sí, es un bebé sano y fuerte —dijo Zou con orgullo, algo que jamás había sentido por el bebé. Esa vez, frente a un

cirujano, supo cómo era el orgullo de una madre por su hijo perfecto.

—Si ha tomado la decisión, haga el favor de dejar su bebé aquí.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Zou ni siquiera se había imaginado que entraría con su hijo y saldría con las manos vacías. ¿Acaso la operación era como reparar un televisor, lo dejas y esperas tranquilo en casa?

—Para encariñarse con él, nuestras enfermeras deben alimentarlo. Durante la recuperación el bebé no puede llorar, porque se abrirían los puntos. Si el bebé se separa de la mamá apenas antes de ser operado, durante su recuperación no conocerá a nadie, y claro que va a llorar. En los niños mayores podemos hacer labor de convencimiento, o incluso amenazarlos, pero como es tan pequeño, debemos hacerlo que olvide temporalmente la cara de su madre y se familiarice con las enfermeras —explicó el médico con elocuencia. Ante esa lógica, uno se siente incapacitado para renegar.

Con las manos vacías, Zou regresó a casa.

Al pie de la letra repitió a su madre las palabras del médico. Después de pensarlo, la señora dijo:

—Es tu hijo y él no puede decidir, tú tienes que hacerlo por él y debes tener mucho cuidado.

—Mamá, soy tu hija. Decide tú por mí.

—Jamás he estado en una situación similar, cuando naciste no hubo piezas defectuosas.

—¡Hasta usted se burla, madre! Por eso estoy decidida a operarlo lo más pronto posible, para que sea un ser completo.

Su mamá le acariciaba el cabello.

—No quise decir eso, sólo te pregunto, ¿la prisa, es por él o por ti?

Entendió las palabras de su madre.

—Es por mí, pero aún más por mi hijo. He pensado una y otra vez que si yo hubiera tenido labio leporino no hubiera querido saberlo nunca, para crecer normal, lejos del dolor y la fealdad. Si mis padres hubieran eludido su responsabilidad y me hubieran dejado la decisión para cuando fuera grande, hubiera sido un acto cruel, disfrazado de bondad.

Su madre no cedía:

—¿No quieres platicarlo con tu esposo?

—Ya lo hice, yo decido.

Su madre, un poco enojada, dijo:

—Eres mi hija, ¿porqué no me haces caso?

La vergüenza de Zou se transformaba en enojo:

—¡Si no me hubieras dado carne de conejo no hubiera pasado nada de esto!

Sabía claramente que el conejo no tenía la culpa pero, encolerizada, tuvo que decirlo.

Su madre no contestó.

En los días de espera Zou estaba angustiada. Muchas veces tuvo ganas de ir al hospital y recoger al niño:

—Lo dejaremos para después, así estamos bien, esperaremos a que crezca un poco —como un tronco llevado por la corriente, esa frase revolvió su mente, incluso dormida lo decía en voz alta.

Una noche su madre la escuchó.

—Hija mía, por fin reaccionas, ¡qué bueno! En cuanto amanezca iremos al hospital a traer al niño.

Restregándose los ojos, Zou, con un rostro inexpresivo, dijo:

—Mis palabras de hace rato no cuentan.

Callada, su madre sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

Por fin llegó el día de la operación. Por la mañana, con su mejor ropa, Zou fue al hospital. ¿Por qué llevaba ropa bonita? ¿Acaso su hijo la reconocería? ¿Quizás quería dejarle la mejor impresión? Después de pensarlo mucho, supo que era por miedo. Cuando una mujer tiene miedo, o se refugia en la comida o en la ropa; lo hace para sentirse segura.

Su madre preguntó:

—¿Te acompaño?

Zou, implacable, contestó:

—No es necesario. Sólo es una pequeña intervención —en realidad no tenía ganas de ir sola, y si le hubiera insistido un poco, Zou habría aceptado, pero su madre no dijo nada más. Después de esperar un rato, supo que su madre no diría nada más; salió de la casa muy decidida. En ese momento, compren-

dió de pronto: su madre también le tenía miedo a la larga espera durante la intervención.

Al llegar al hospital se tranquilizó. Muchos enfermos graves seguían vivos y llenos de vitalidad. Su hijo seguramente saldría perfecto, como “atuendo celestial sin costuras”, pensó, y entonces lo amaría con todo el corazón. Cuando vio al médico de pelos ralos quiso decirle algo, pero, ¿qué? Cuando mucho “se lo encargo, por favor, haga todo lo posible”, pero resultaba muy trillado. Aún no encontraba algo adecuado qué decir cuando el médico se le adelantó:

—Vea al niño, a ver si lo nota más gordo o flaco que antes.

Ella contestó enseguida:

—Confío por completo en usted.

Sin ninguna expresión, el médico pidió a las enfermeras traer al niño. Después de no verlo varios días parecía más grande. Excepto por su boca, era un niño hermoso. Un inmenso cariño invadió a Zou de repente; abrazaba al nene, sintiendo palpar su corazón, rápida y ordenadamente, como un tamborcito.

El niño lloraba y forcejeaba como buscando a alguien. Zou se puso nerviosa, nunca lo abrazó demasiado, pero la sabía reconocer. ¿Qué pasaba ahora?

Lo tomó la enfermera y el niño dejó de llorar.

Satisfecho, el médico dijo:

—Muy bien, antes de la operación tenemos que hacer esta prueba. Si el bebé no rechaza a su madre posponemos la operación. Ahora, todo listo, podemos empezar.

Vio por última vez a su hijo acostado sobre la plancha. Se veía muy tranquilo. Estaba a punto de entrar a la sala de operación, tan pequeño, bajo la sábana, ya anestesiado. Una enfermera empujaba suavemente la cama que parecía vacía.

Los siguió con la mirada, y vio al pequeño tronar la boca con dulzura. Su sonrisa, como de pato en primavera, flotaba traviesamente en su cara.

No podía estar tranquila, ni de pie ni sentada. Las sillas de espera, alisadas por tanto uso, brillaban. Pensó que si un día se pudrían y las usaban para leña, el fuego sería de color negro.

Había leído muchos libros de cirugía, por lo que casi podía ver lo que ocurría detrás de la pared: le pusieron anestesia general... cortaron su piel capa por capa... suturaron el labio con hilo hecho de cabellos...

Era un sufrimiento incomparable; sentía estar presa en el armazón de una montaña rusa. El corazón se le quería salir para palpar a la luz del día, torrentes de sangre golpeaban su garganta; el glóbulo oscuro crecía y su temperatura corporal subía. Luego se quedó sin sentir nada; supo que la operación pronto terminaría y la agonía llegaría a su fin.

Zou se dijo: “Cuando mi hijo sea un joven guapo le contaré mi sufrimiento”.

De la sala, corriendo, salió una enfermera alterada.

—¿Quién es la madre de Zou'an?

De pronto no entendió, pero luego se dio cuenta. Al hacer los trámites de registro le habían preguntado el nombre de su hijo. Ella dijo que aún no tenía nombre, que después de la operación le pondría el más bonito. Le dijeron que fuera como fuera, se necesitaba un nombre para la historia clínica.

Zou, nerviosa, se puso de pie:

—Yo soy.

—¡De prisa! ¡Pase a ver a su hijo!

—¿Ha tenido éxito la operación?

—La operación sí, pero su hijo no despierta de la anestesia.

Esta vez Zou no perdió el conocimiento. Como en sueño, flotando en el vacío, entró en la sala después de la enfermera.

Su hijo, quieto, como un copo de nieve a punto de deshelarse, estaba tendido.

Su cara perfecta tenía lo mejor de sus padres. Sobre todo sus labios, como “atuendo celestial sin costura”, suaves y tiernos, parecían la duna más bella del desierto.

Por cierto, una duna blanca. ❖